

Un retrato de la mujer mexicana



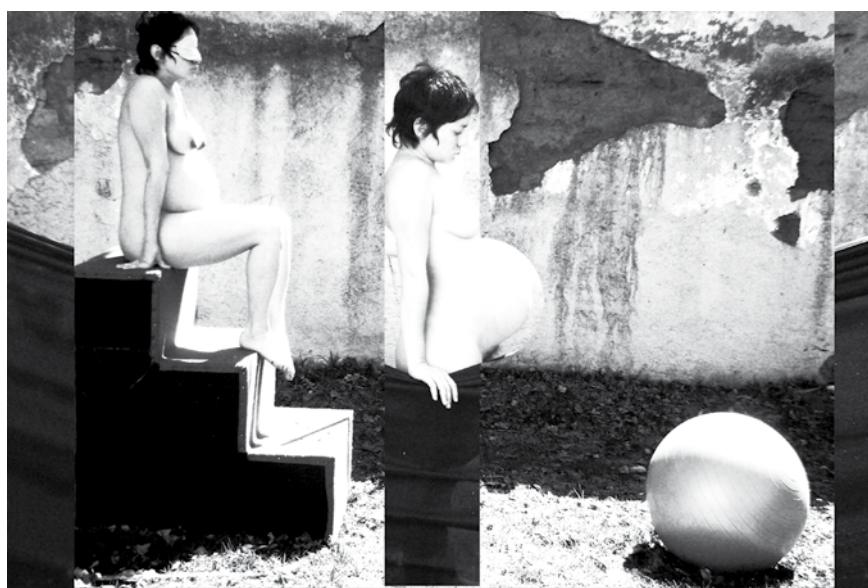
ransitar en los textos literarios en la búsqueda del retrato de la mujer mexicana genera pinceladas de intersecciones con la política y la moral, en un contexto histórico del México de finales del siglo XIX y principios del XX. Dibujar el talle femenino, donde la metáfora vierte los espacios del ser y el estar en el mundo social. Desde este lenguaje, la tarea es interpretarse en un discurso que marca lo femenino, a través de un destino decidido por medio de una conducta reglamentada desde lo masculino. Lo poético del hogar y ser madre en el lenguaje poético de Mistral; la realidad de la novela en su crudeza de la mujer prostituta de Gamboa; el educar a la mujer como tarea de preceptos morales en Lizardi, todo ello es el retrato de una mujer mexicana del siglo XX.

La identidad femenina de la mujer mexicana, trazada desde la literatura, alcanza a visionarse en sus rasgos fundamentales de un talle femenino elaborado en exigencias de un discurso, el cual marca el encuentro con la política. Trae consigo a la figura que la retrata en los colores y la desvanece en el rostro elaborador del discurso patriarcal y las vertientes masculinizantes. Se apropia al exigir un talle único, la atrae al centro del interés para colocarla en la periferia de todo evento político. En Gabriela Mistral, encontramos a la mujer en ese discurso nacionalista, donde educarla es educar una patria, como un sueño poético donde el despertar es con Federico Gamboa, en su intencionalidad de llevarnos a transitar por esa mujer que vive en las

penumbras de un proyecto social, para volver a la reflexión con Fernández de Lizardi y su educación, desde los hombres en los límites del hogar mostrando una pequeña veta: la mujer como ser racional.

De qué mujer habla Gabriela Mistral en su libro *Lectura para mujeres*, con quién quiere dialogar en ese recuento, qué prestancia política la llama a buscarla, qué deseos embriagantes llevaban a la poeta a invocar la educación de aquellos seres que respiraban dentro de un corsé, intencionado en darles un talle. Extraño, al parecer, si estamos hablando de una sociedad mexicana en el sopor de la Revolución, de los sueños de una nación, de una patria para el pueblo, de una nueva distinción de los hombres y las mujeres. En ese mundo nuevo había que dotar con la figura femenina y masculina a esos componentes del engrane generador del dinamismo social. A cada parte le otorgaron un sinfín de tareas que, al tejerlas, los separan de algunos espacios y del ejercicio de accionar en ellos. Así, el espacio político era un atributo de lo masculino, él estaba dotado para la política, para determinar las tareas de grandeza de la nación; lo femenino era ternura, aliento de vida, jícara plagada de colores y olores, resguardados por los brazos fuertes de aquel ser masculino que la protegía con un decálogo de actitudes y comportamientos. De los dos espacios, ni uno le pertenecía a esa mujer de quien se pretende hablar ¿Cómo existía desde la claridad del amanecer hasta la penumbra anunciadora de sus noches?

Esa respuesta es posible trazarla en el sueño de la poeta y el encuentro con la política educativa. Había que educar a esa mujer, a ese ser a quien no se le había otorgado espacio en el vivir social; necesitaban decirle las líneas ceñidoras de su talle para adecuar medidas, colores y distancias entre cada puntada de la aguja. Así emergía una tarea: convencer a esa dadora de vida, a esa compañera eterna del hombre en las cruentas batallas de la revolución. Su lugar se entallaba de acuerdo con lo poético de ser mujer. Atrás quedaban los sinsabores que convulsionaron el orden social, hoy le ofrecían volver al regazo de protección de su quehacer, fortalecedor de una patria. De aquellas mujeres en la revolución debían desaparecer hasta sus sombras. En cambio, su figura, en esa primera década de una





nación construida en las manos del pueblo, la alentaba el hábito de sentir que había límites geográficos para sentirse mexicana, por tal razón, su emblema entonaba el nacer y sus sonos ceñían su cuerpo y su latido.

Una tarea era preocupante: unir en una imagen a todas aquellas mujeres que transitaban por esa geografía. En esta diversidad estaban quienes desprendían el sudor desde un corsé hilado en el rebozo, el cual en cada hilo destilaba el escondrijo oculto de un cuerpo agitado, refugiado en esa oscuridad. Ellas, las anteriores soldaderas, prodigios de vendavales, entre los silbidos de balas estaban sus manos y aquellos ojos que cubrían como escudo de la apuesta a la vida. A ellas, les correspondía un talle multicolor, de arco iris brillante que traía consigo esa vestimenta del pasado; aquí se detenía el tiempo y suspiraba el ayer. Pero en ese catálogo, estaban otras mujeres espigadas como los nardos y envueltas en los olores del narciso. A ellas, sus talles los figuraba un corsé de seda vaporizada en los grandes salones, donde habitaban los grandes señores. Los pasos de estas mujeres se escuchaban en la lejanía de sus habitaciones, donde los murmullos quejosos de su vivir eran lamentos ahogados en la opulencia. Sin embargo, había otra mujer; con pasos presurosos salía a la calle, cruzaba avenidas sorteando a la ciudad, hablaba con los hombres y se atrevía a retar el perímetro que le habían destinado. El talle de ella era otro, ceñido por el horario de trabajo, por órdenes de los jefes, por esperas, igualdades, silencios apostados en la prudencia y en el desafío de la justicia. Esta última mujer era más observada en su talle hilado con el reglamento social.

Construir un lugar, donde todas ellas debían llegar, era la convocatoria política. Desde aquí el corsé es diseñado; el sueño de la poeta alcanza dibujando a la madre y en ella la maternidad, eco empecinado en hablar del espíritu patriótico, para proyectar un lugar donde habita la justicia, la riqueza y la protección de una raza. En ella estaba una misión: ser el conducto para conocer el universo, llevar de la mano, dar la palabra y acercar al Señor, era tarea sólo para la madre, “los padres estaban en la locura heroica, demasiado

llenos de afanes" (Mistral, 1997: 12). Educar a la mujer madre era lo preocupante, cómo plagar su talle de pétalos para acariciar a los hijos, cómo decirle que esa fuente era su razón de vivir, sin aspirar más, por esos hijos, sino su regazo, donde éstos encontraban aliento a las injusticias, a lo agotador de un trabajo y a las miserias a las que estaban condenados. Entonces, como pedirle a esa mujer no salir del hogar para tener presencia en su protesta, cómo acallar esos instantes de verse a través de los hijos cubiertos del sudor de la miseria. La respuesta es la primera paradoja del sueño poético, el emblema de madre, el estereotipo que la hace estática, la inmoviliza y la llena de sublimidad: madre sacrificada; madre protectora; madre reina del hogar; madre dios; madre mujer.

La mujer patria, la de la figura tornada estatua, dibujo, poema místico que versifica a ese nuevo país, encuentro de la poesía y la política. En esto se juega una quimera, se construye en un cuerpo, lo fortifican en granito y en un estandarte. Es un dibujo hecho cántaro donde se bebe el agua fresca, son las manos de la solidaridad, el hogar de quien recibe, el canto del faisán, el vuelo del quetzal, el sabor embriagante del maíz y el canto del mar, todo eso es la mujer mexicana, qué más puede pedir: "Mujer mexicana: amamanta el niño en cuya carne y en cuyo espíritu se probará nuestra raza" (Mistral, 1997: 90). Sin embargo, en el interior se mueve la segunda paradoja poética: la mujer es la jícara, donde nace ese ser pleno de sed creativa, pero ella es inerte; otorga pero no existe, brinda sin compartir su pensar. Ella habita en la oscuridad, en las grutas donde se le amordaza, donde su espíritu se doblega ante el horror de verse en su sombra lánguida, de tanto extraerle su aliento para un pueblo donde ella no existe, una nación centellante que le pide silencio, a cambio de ser un ser quien reciba los versos para acercarse a Dios.

Recordemos que en esta etapa, la mujer mexicana no iba a las urnas al ejercicio de ciudadana, por el contrario, estaba a disposición de esas paradojas de la política y la poética como el itinerario de su educación. Los fulgores se refugiaban en el talle marcador del sitio en el hogar, la organza, las obligaciones en su lecho. El hilo que apretaba las medidas, eran sus hijos, y las fuerzas ceñidoras de aquellos cordones, los confines de la patria. Esta tercera paradoja late todavía como remembranza mística del deseo en el discurso masculino del proyecto político a principios del siglo XX.

El despertar de una noche embriagante fue el de una *Santa*, de Federico Gamboa. Este novelista recorrió esas venas escondidas del cuerpo de la ciudad, buscando el torrente donde habitaban esas mujeres que despiertan en la penumbra de la tarde. Se enseñoreó en retratar aquella mujer como víctima y verdugo de los hombres, le diseñó el rostro y el cuerpo sentenciadores a un alma perversa, ésta llevaba el espíritu ingobernable que la hace hablar en su retrato: "cuando reí, me riñeron; cuando lloré, no creyeron en mis lágrimas; y cuando amé, ilas dos únicas veces que amé!, me aterrorizaron en una y me vilipendiaron en la otra [...] y ni en la muerte hallé descanso; unos señores médicos despedazaron mi cuerpo [...] magullado y marchito por la concupiscencia bestial de toda una metrópoli viciosa..." (Gamboa, 2006: 15). Esta mujer ausente en los versos poéticos encontró su morada en la novela. Un personaje que no entendía por qué los hombres tenían derecho a burlarse, o hacer uso de su cuerpo, porque debía fingirles placer, y conocerlos en sus debilidades. Todo esto, era una sabiduría por aprender.

En *Santa*, no está la patria ni su remanso de riqueza y gloriosas batallas, están los hombres, llanamente, ante aquellas mujeres doblegadas a una penumbra donde pueden enfrentarse a ellos, pueden negociar, negarse, establecer pactos. Son las que nunca deben conocer a las otras, a las despertadoras de versos, las recluidas en la oscuridad. Ese talle debían vestirlo en la fugacidad del deseo sexual, de arrebatarle todos sus sueños de doncella enamorada a lo que tenía derecho. Para ella era desconocido aquel estereotipo de mujer, la cual contempla asombrada en otras al escuchar aquella voz “¿Qué apetece la señora? ¿Qué apetece? Ser igual a ellas o como se las imaginaba que serían: honradas, trabajando un montón de horas, viviendo en familia, queriendo a su novio...” (Gamboa, 2006: 89). Esa imaginación de Santa la llevaba a culparse, al saber que no había resistido los embates de la tentación, cruel destino de los débiles: la sociedad les deja la tarea de ser vencidos por ese proyecto de nación, el cual los oculta de cualquier mirada. Son culpables de su destino. Este despertar contempla otro perfil del retrato de la mujer; su talle destila impotencia, en ella el corsé es su piel ajustada a cumplir lo atávico del discurso patriarcal: servir al hombre concibiendo a la mujer como un manjar sexual.

Entre este despertar y las exigencias de educar a la mujer, se trae a la batalla un recuento que permite rescatar aquellos rasgos persistentes en la necesidad de educar a las mujeres. Es posible ver, en las dos primeras décadas del siglo XX, remanentes de una época en la persistencia *La quijotita y su prima* de Fernández de Lizardi, y su educación impartida por los hombres. Así, sus errores y defectos se deben a su mal cuidado en la educación, aquellos que la educan como padres y maridos, así como los que la seducen y pervierten, son quienes provocan ese comportamiento (Lizardi, 2000). De esta manera, confronta a las dos primas, entre sus virtudes distintivas para colocar la lección moral de lograr entallar la vestimenta reconocida por la sociedad. Encuentra en cada rincón del hogar una lección para las mujeres, dibuja a cada una de ellas, las hace vivir para contemplar los defectos de la educación y rematar con ellos su sentencia moral. Reafirma el hogar, punto concéntrico del accionar de la mujer, le deja el espacio de ser educada en la razón, virtud que la hace semejante al hombre, aunque aboga para que este último la conduzca por el camino del aprendizaje de un oficio.

En este remanente, es posible esbozar un tercer trazo para idear el retrato de la mujer; da a pensar en aquella descrita como la que sale a vencer a la ciudad, en un siglo inicial donde se exigía su presencia en el campo laboral. Es en ella donde se encuentran los vestigios de esa mujer, quien en el siglo XXI se coloca desde el campo laboral a observar el hogar.

Recorrer este camino lleva a encontrar la tinta que subraya la identidad de ser mujer en la actualidad, de sentir el talle marcado en un rostro y en unos pasos que llevan a vislumbrar negociaciones y acuerdos de significados, desde una propuesta de género. LC

BIBLIOGRAFÍA

- Fernández de Lizardi, José Joaquín (2000), *La quijotita y su prima*, México, Porrúa.
Gamboa, Federico (2006), *Santa*, México, EMU.
Mistral, Gabriela (1997), *Lectura para mujeres*, México, Porrúa.